

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE
ha puesto a la venta una
nueva publicación semanal
dedicada a los niños, pero
que los propios padres leerán
con deleite, cuyo título es:

EL CUENTO SELECTO

Su precio es de 15 céntimos
y todos los asuntos que se
publiquen tendrán un alto valor
educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 445

25 CTS.



**El grano
de arena**

POR
Ricardo Cortez
Claire Windsor
Alma Bennett
etc.

FilmoTeca
de Catalunya



ARCHAINBAUD, George

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 445

A Grain of Dust, 1928

El grano de arena

Bello asunto dramático

Interpretado por

Ricardo Cortez, Claire Windsor

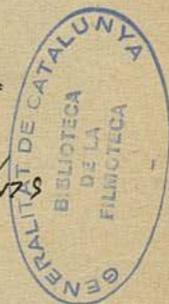
y Alma Bennet x

Film Mexican

WINDSOR

~~CORTEZ~~ *1928*

*



EXCLUSIVA DE

Importaciones Cinematográficas

Aragón, 252

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de

JEAN MURAT

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura



El grano de arena

Argumento de la película

I

Iba a celebrarse la inauguración de las obras del gran puente que iba a unir dos ciudades.

Era una obra gigantesca, un atrevido y soberbio proyecto del joven ingeniero Federico Norman.

Hallábase éste en su casa desayunando cuando un criado le entregó los periódicos.

Todos reproducían su retrato y el de su novia con palabras que ensalzaban la hermosura de ella y el talento de él.

"FEDERICO NORMAN

"As de los ingenieros, que ha convertido en realidad una obra soñada y gigantesca."

"JOSEFINA BURROUGHS

"Hija del poderoso banquero y famosa en nuestra ciudad por su belleza y su distinción, tomará parte en la ceremonia inaugural."

"NORMAN-BURROUGHS

"En este día memorable para nuestra ciudad se ha hecho público el proyectado enlace entre la hija del banquero que apadrina económicamente las obras y Federico Norman. La boda se celebrará el mes que viene."

Sonreía Federico leyendo las halagüeñas noticias cuando sonó el timbre del teléfono.

Era Josefina. El rostro del ingeniero se animó y una vez más, a través del hilo telefónico, se estableció entre ambos una corriente de amor y felicidad.

De pronto, llegó a oídos del ingeniero el rugido insistente de un claxon.

Eran los socios. Todas las mañanas iban a buscarle en automóvil y, los tres juntos, se dirigían a las oficinas de la sociedad que se habían formado bajo la razón social "Miller, Norman Clark, Ingenieros", para dar cima a la obra descomunal del puente.

Continuó Federico hablando con Josefina, pero el claxon volvió a apremiarle.

—Mis socios se impacientan, Josefina. En la fiesta nos volveremos a ver.

Cuando bajó, hubo de taparse los oídos para no oír las protestas de sus socios.

—Al gran ingeniero se le pegan las sábanas.

—¡Quiá! Estaría pelando la pava por teléfono. Lo de siempre.

—Y lo hemos de dejar todo listo para el me-

diodía. La tarde nos la absorberá la ceremonia.

Cuando Federico vió por los labios de sus compañeros que habían terminado de hablar se destapó los oídos y preguntó:

—¿Han terminado ustedes ya?... ¿Sí?... Pues ahora me toca a mí. ¿Qué hora hemos señalado en la oficina para la entrada? Las nueve, ¿verdad? Pues bien; son las nueve menos cuarto.

Terminó la comedia con afectuosos apretones de manos. Federico subió al automóvil y éste partió en dirección a la oficina.

* * *

La ceremonia fué un éxito.

Josefina estaba bellísima en su traje blanco. La emoción daba un matiz especial a sus claros ojos. Sus cabellos rubios tenían bajo el sol fulgores de oro y de seda.

Josefina fué la que dió la primera palada, la que quitó el primer puñado de tierra de aquel punto en que debía de enclavarse uno de los extremos del gigantesco puente.

Se tomaron múltiples fotografías. Josefina y Federico fueron aclamados.

II

Momentos antes de las cinco, esto es, cuando las oficinas iban a cerrarse, el jefe de la sección de mecanógrafas se acercó a los socios del señor Norman.

—Queremos hacer al señor Norman un regalo digno de él. ¿Puedo contar con ustedes?

—Ya lo creo—repuso Miller, que había cogido el sombrero para marcharse—. Apúnteme con cien dólares.

—¿Y a usted, señor Clark?

El señor Clark aprovechó la circunstancia de ser el último para aplastar a su compañero.

—A mí apúnteme con doscientos dólares. Supongo que la boda del señor Norman no se repetirá con frecuencia.

Entretanto, Federico, encerrado en su despacho, ignoraba lo que se tramaba en su favor.

Estaba absorto en la lectura de un farrago de cartas. Un día y otro había ido amontonando la correspondencia particular y estaba decidido a despacharla aquel mismo día.

Ordenó las cartas y llamó con el timbre a su secretaria.

Pero la secretaria no entró.

Volvió a llamar, y como tampoco obtuviera resultado, salió a ver qué sucedía.

Vió que el jefe de la sección de mecanógrafas se acercaba sombrero en mano.

La oficina estaba desierta. Sólo un hombre que barría y una mecanógrafa que no había podido concluir su trabajo.

—¿Dónde está mi secretaria?

—Se ha marchado, señor Norman. Son ya más de las cinco.

—¡Qué contrariedad! Tengo que contestar imprescindiblemente un montón de cartas.

De pronto reparó en la mecanógrafa que teclaba en un extremo del salón.

—¿Qué hace allí aquella muchacha?

—Es una mecanógrafa un poco tarda para el

trabajo y a quien hago quedar una hora más todos los días hasta que aprenda a ser ligera.

—¿Puede tomar al dictado?

—Sí, señor. Como taquígrafa va bien, pero ante la máquina es una calamidad.

—Entonces pregúntele si quiere trabajar unas horas conmigo. Con tal de que tome al dictado me basta. El caso es contestar las cartas esta noche.

Con su cuaderno y su lápiz, la muchacha acudió al punto a la llamada del señor Norman.

Se sentó a un lado de la mesa.

El ingeniero comenzó a releer las primeras cartas.

Un ruidillo le distrajo.

Desvió ligeramente la vista de la carta y vió la mano de la mecanógrafa, la cual tamborileaba con el lápiz en la mesa.

—¿Tiene la bondad de no hacer ese ruido, señorita?

La muchacha se mostró muy arrepentida.

—¡Oh, perdóneme, señor Norman!—y lo dijo con un tono de imploración que daba pena.

Algo inusitado había sucedido al ingeniero.

Quedó estupefacto en la contemplación del rostro de la joven.

Tenía unos ojos grandes, oscuros, infantiles; una boquita fresca roja; unos dientes blancos como la nieve, menudos y brillantes; un cabello negro y ondulado.

Era una de esas bellezas que atraen por la calle la mirada de los hombres.

En seguida se dió cuenta el ingeniero de su distracción y volvió a fijar la vista en las cartas,

pero inmediatamente le distrajo un segundo ruido.

La muchacha masticaba goma ávidamente.

—No importa que masque usted goma, señorita. Pero procure no hacer ese desagradable chasquido.

Otra vez el rostro de niña de la mecanógrafa tuvo un gesto de pesar que conmovía y otra vez el ingeniero quedó un instante como prendido en aquellos ojos que, al mismo tiempo que un resplandor de infantilidad, poseían profundos y turbadores destellos.

Se sobrepuso rápidamente Federico. Para que su reacción fuera más definitiva se puso en pie, encendió la pipa y comenzó a dictar.

La mano de la taquígrafa se deslizaba raudamente por el papel. De vez en cuando, Norman, en sus distraídos paseos, llegaba al lado de la muchacha y un perfume intenso y penetrante le advertía de que estaba en peligro, haciéndole girar rápidamente sobre sus talones.

Otra vez no era el perfume, sino el cabello endrino o la nuca de marfil o los labios rojos de la muchacha lo que le hacía volver en sí y pasear agitadamente.

Pasó así una hora.

De pronto oyó:

—Perdón, señor Norman. Se ha roto la punta del lápiz.

La mecanógrafa se levantó y se dirigió al departamento contiguo.

La puerta quedó abierta y Norman pudo ver cómo las manos de la mecanógrafa se alzaban hasta el sacapuntas y hacían girar la manivela.

La posición había alzado la parte inferior de su vestido y unas piernas maravillosas, envueltas en medias sutilísimas de un color imperceptible de carne, quedaban enteramente al descubierto.

El pecho breve, la cintura flexible, la espalda semidesnuda resaltaban también en todo su esplendor.

Era una muñeca de perfección impropia de la imperfecta humanidad. Era un prodigio digno de un cincel sublime.

Los movimientos del brazo se comunicaban a todo su cuerpo, dándole una viva palpación que hacía adivinar aquella carne fragante y fuerte.

Norman se pasó la mano por la frente. Sudaba. Estaba como envenenado, como enloquecido.

Cuando volvió la muchacha, tuvo buen cuidado el ingeniero de dictar desde el otro lado del despacho, pero, de pronto, sonó el teléfono y hubo de acercarse a la mesa.

Era Josefina.

—Te estamos esperando, Federico. ¿No sabes que vamos al teatro?

La mecanógrafa seguía masticando goma sin ruido. Sus labios se entreabrían y se cerraban, dejando entrever fugazmente la fina dentadura de nácar.

Norman contestó:

—Perdóname, Josefina; pero habréis de ir sin mí al teatro, pues he de contestar imprescindiblemente algunas cartas.

—Como quieras. Entonces te buscaremos a las once en el Ritz.

Colgó el auricular el ingeniero.

El brazo de la mecanógrafa volvió a apoyarse sobre la mesa.

Norman estaba cansado. Se hubo de sentar. Pero advirtió en seguida que, más que cansancio, lo que tenía era apetito.

—Estoy desmayado; ¿y usted?

—Yo tengo hambre siempre.

No pudo menos de reír el ingeniero ante la franca contestación y cogió el teléfono y pidió comunicación con el hotel del primer piso.

—Cena para dos. Vaya usted tomando nota del menú.

Y comenzó a nombrar manjares que la mecanógrafa no había probado desde hacía mucho tiempo.

III

Durante la cena le fué más difícil a Norman evitar el influjo de la inquietante muchacha.

Hubo de hablar con ella. Hubo de servirle los manjares.

Para colmo de desdichas, la muchacha fué a beber y el agua le cayó por el escote.

Dió un grito. Con los brazos abiertos, un trozo de pollo en una mano y la copa en la otra, suplicó:

—Haga el favor de secarme, señor Norman...

Y le ofrecía el pecho.

Norman vaciló un instante. Cogió al fin la servilleta y comenzó a enjugar con timidez y azoramiento la parte alta del escote.

Pero el agua había caído más abajo.

—Más abajo, señor Norman.

Y la mano temblorosa del ingeniero descendió y descendió.

Pero, de pronto, en una de aquellas reacciones que estaban haciendo de él un voluble muñeco, arrojó la servilleta sobre la mesa.

Terminada la cena, continuó dictando, y cuando consultó el reloj vió que eran las doce y media.

—¡Las doce y media! ¡Qué atrocidad! Deje-mos estas cartas para mañana.

En la puerta estrechó la mano de la mecanógrafa y subió a su automóvil.

Désde él, asido al volante, vió cómo la muchacha se alejaba por la acera de la calle oscura y solitaria.

La llamó y puso en marcha el automóvil.

Cuando estuvo a su lado, abrió la portezuela y la invitó a subir.

—Me había olvidado de que tenía que ir usted a casa a pie.

La muchacha subió y cerró la portezuela.

—¿Vive usted muy lejos?—le preguntó Norman.

—En Jersey City.

El ingeniero no pudo ocultar un leve gesto de contrariedad. Les separaban de Jersey City muchos kilómetros.

Pero comprendió que era tarde para volverse atrás y puso en marcha el coche.

* * *

Cuando llegaron y la muchacha bajó del coche vió Norman que un anciano corría hacia ella.

—¡Qué susto me has dado, Dorotea! Creí que te había sucedido algo.

—He tenido que trabajar con el señor Norman.

Y procedió a hacer las presentaciones.

—Mi padre —dijo después Dorotea—. Es un sabio. Venga usted y verá su laboratorio.

Bajó Norman del coche y siguió al anciano y a su hija.

Pronto se halló en un recinto de techo bajo y materialmente lleno de frascos y de aparatos de química.

Ante los asombrados ojos de Norman, el anciano hizo diversas experiencias. Finalmente, mostró al ingeniero un tubo de cristal.

—En este tubo, señor Norman, tengo el secreto de la inmortalidad humana.

—Es asombroso.

—Usted no cree en esto, ¿verdad, señor Norman?

—¿Por qué no he de creer? Para la ciencia puede no existir lo imposible.

—Todo lo que papá necesita es dinero. Con él podría demostrar a la humanidad que no es un iluso.

Y aquellos ojos infantiles y perturbadores se fijaban insistentemente en los de Norman.

—Para mí sería un placer ayudar económicamente a su padre.

Dorotea dió un grito de alegría.

—¿De veras?

—Repito que sería un placer para mí.

Consultó el reloj, y al ver que era la una y media, se despidió.

Al estrechar la mano de Dorotea le dijo:

—Mañana le daré un cheque. Haga el favor de recordármelo.

* * *

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Dorotea al ver entrar a Federico Norman fué dirigirse a su despacho.

La secretaria la detuvo.

—¿Qué desea usted, Dorotea?

—Ver al señor Norman.

—El señor Norman no la recibirá. Ya sabe usted que el jefe de personal es el señor Biller.

—Dígale usted que soy yo y verá cómo me recibe.

Entró la secretaria y pasó el recado al señor Norman.

En efecto, el ingeniero dió orden de que entrara.

La secretaria transmitió el permiso a Dorotea y la siguió con la mirada, llena de estupefacción.

La actitud de Dorotea, sus movimientos, el desenfado con que abrió la puerta no eran muy propios de una subordinada.

—Perdóneme, señor Norman. Pero como me dijo usted que le recordara lo del cheque...

—Se lo voy a extender en seguida.

Un momento después, Dorotea tenía en sus

manos un cheque de mil quinientos dólares. La cifra la emocionó profundamente.

—Gracias, gracias, señor Norman. ¿Cómo podré pagarle este inmenso favor?

Y acercó su rostro al de él en una mirada tentadora que era una oferta.

Comprendió Norman que aquel ofrecimiento era el pago que Dorotea le proponía.

Tan cerca de los suyos estaban aquellos ojos infinitamente negros y profundos, que hubo de cerrar los suyos deslumbrado.

Sin darse exactamente cuenta de lo que hacía, alzó sus brazos, rodeó el cuerpo de Dorotea y la atrajo hacia sí.

Frenéticamente, gustó la miel de aquellos labios, el perfume de aquel aliento.

Una vez más reaccionó y retrocedió aterrado.

—¡Váyase, váyase!

Dorotea salió andando con indolencia, mirando a Norman a través de sus ojos entornados.

Inmediatamente se dirigió a la caja a hacer efectivo el cheque de Norman.

—Buen regalito le habrá hecho el director, Dorotea, por el trabajo extraordinario de anoche.

—No ha estado mal.

Cuando el cajero leyó la cifra quedó estupefacto.

—¿Todo ese dinero necesita usted ahora?

—Todo.

El cajero, sin dejar de mirarla, fué depositando ante ella billete tras billete.

Dorotea los cogió, los plegó muy bien plegados, se los guardó en el pecho y se dirigió a su sitio masticando goma.

Las voces se corrieron inmediatamente por toda la oficina, levantando una nube de murmuraciones.

—¡Mil quinientos dólares por una noche de trabajo!

—Vaya usted a saber qué clase de trabajo habrá sido.

—He aquí una muchacha a quien no hace falta la protección del cielo.

—Debe de haber sido un trabajo extraordinario de verdad.

Y Dorotea, indiferente al rumor de aquellas murmuraciones, seguía masticando goma ante su máquina de escribir.

* * *

En su despacho leía Norman un periódico.

En primera plana figuraba esta noticia:

“JOSEFINA BURROUGHS SERA

“LA NOVIA DE JUNIO”

El gran mundo espera las nupcias de la hija del banquero y el ingeniero afamado. Será la pareja ideal, el matrimonio perfecto. Todos lo dicen así y así lo deseamos nosotros.”

En una convulsión, el ingeniero arrojó el periódico lejos de sí.

Requirió una cuartilla y un lápiz y garabateó nerviosamente:

“Pague usted a la señorita Dorotea Hollowell dos mensualidades y despídala inmediatamente.

FEDERICO NORMAN”

Oprimió el botón del timbre y la secretaria compareció en el acto.

—Entregue usted este papel.

Pero se detuvo. El recuerdo de los ojos de Dorotea anuló su voluntad.

Vaciló un momento. Sostuvo una rápida y dura lucha consigo mismo y acabó por triunfar la muchacha.

—Nada, nada. Váyase usted.

Y rompió el papel en mil pedazos.

IV

Como todas las tardes, Dorotea continuaba en la oficina cuando todos se habían marchado; y, como la tarde anterior, también estaba Federico Norman en su despacho.

Estaba citado allí con Josefina y la esperaba abstraído.

De pronto, oyó unos golpecitos en la puerta.

—Adelante.

Entró la persona que llamaba. Era Dorotea.

—¿Vestido de etiqueta y sin saber a dónde ir?...

—Estoy... estoy esperando a mi prometida.

Dorotea hizo un mohín picaresco y después dijo:

—Pues yo he venido porque no recuerdo si le he dado las gracias por el cheque.

—No tiene usted nada que agradecerme.

—Sí tengo, señor Norman. Me ha hecho usted un favor inmenso. Después de eso, nada que usted me pidiera podría negarle.

Y otra vez había acercado su rostro al de Norman, otra vez le miraba insistentemente a los ojos, otra vez confundía con el de él el perfume de su aliento.

Norman volvió a sentir la nube cegadora ante sus ojos, volvió a ser incapaz de resistir a la íntima y violenta tentación.



...y los dos miraron hacia la puerta.

Estrechó aquel cuerpo entre sus brazos, aplastó aquellos labios en un beso y balbució:

—¡Me tiene usted loco!

Era la palabra exacta: Loco.

De súbito se oyeron unos pasos de mujer y los dos miraron hacia la puerta.

—¿Está el señor Norman?—preguntó fuera una voz.

—Es mi prometida. Váyase usted.

Y por la puerta trasera del despacho huyó Dorotea.

Cuando Josefina entró, Federico se dirigió hacia ella con extraño anhelo.



—¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo?

—¡Josefina! ¡Cuánta falta me hacías! ¡Qué bien has hecho en venir!

Y se pasaba la mano por la frente, como queriendo desechar torturantes ideas.

—¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo?

—No. Es sólo un poco de fatiga.

—Naturalmente. Trabajas demasiado.

—Vámonos.

—No, no salgamos esta noche. Abajo tengo el auto. Te llevaré a casa y dejaremos el teatro para mañana. ¿Me prometes que te acostarás en vez de ponerte a trabajar, como todas las noches?

—Sí, Josefina.

* * *

Pero ni trabajó ni durmió. El recuerdo de Dorotea le obsesionaba. Quiso leer y le fué imposible. Quiso dormir y no pudo pegar un ojo.

Comenzó a pasearse desesperadamente por la habitación.

¿Qué hacer? Pensó en irse a la calle para pasear, para correr, para refrescar su frente febril. Pero el temor de que le vieran en aquel lamentable estado le detuvo. El ingeniero Norman no podía ponerse en evidencia, pues con ello pondría a toda una sociedad, a todo un pueblo. El se debía a su obra. Millares de seres confiaban en él. Había de corresponder al honor que se le había hecho aceptando su proyecto descomunal que le valdría millones.

De pronto se acordó de su socio Jorge Miller. Jorge era para él algo más que un socio y más que un amigo. Toda la vida habían trabajado juntos. Habían compartido los triunfos y las amarguras. Eran como hermanos. Jorge era el único al que podía hablar de asunto tan delicado.

Sin pensarlo más, se dirigió al teléfono.

—¡Jorge, Jorge! ¡Ven! Te necesito.

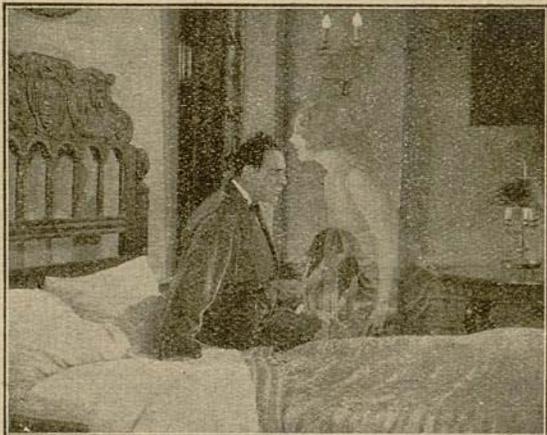
Jorge Miller se apresuró a acudir a la llamada.

—¿Qué es eso? ¿Qué te sucede?

En seguida se lo confesó todo.

—¡Si supieras, Jorge, en qué laberinto me encuentro y qué difícil hallo la salida!

—No lo comprendo. Estás en pleno triunfo. Tu nombre se pronuncia con admiración y en-



El recuerdo de Dorotea le obsesionaba.

vidia. Vas a casarte con una mujer hermosa y buena. ¿Qué más puedes pedir?

—Es verdad, es verdad... Tengo todo lo que haría feliz al más ambicioso: fama, dinero, la consideración general. Voy a casarme con una mujer ideal. Sin embargo, todo esto amenaza hundirse, desaparecer para siempre. Es horrible, horrible.

—¿Por qué ha de hundirse?

—Lo vas a saber, Jorge. Vas a ser el único depositario del gran secreto... Pues es el caso que hay en la oficina una muchacha, adocenada, vulgar, hasta necia... Y, sin embargo, se ha metido en mi sangre... es mi obsesión... ¡es mi tormento!

—Entonces, ¿la amas?

—Amarla, no. Eso te lo puedo asegurar... Pero su figura, su recuerdo no me abandona un instante... ¡Me domina! Soy como un juguete de esta obsesión. Cierro los ojos y veo los suyos... negros, profundos, de una inocencia engañadora... Quiero desechar este recuerdo, pero no puedo... Lo tengo asido a la mente como una garra... Soy suyo. Me enloquece.

Y mientras esto decía, se retorció las manos, iba de un lado a otro de la estancia...

—¡Me ha vuelto loco! ¡Me ha vuelto loco!

En realidad, parecía que Norman estaba atacado de locura. Sus ojos se abrían desmesuradamente, sus manos temblaban...

Jorge le contempló compasivamente.

—Hemos de vencer, Norman—dijo de pronto, en un arranque—. No podemos ser juguetes de una chiquilla estúpida.

—¿Cómo?—demandó el ingeniero desesperadamente.

—Ya veremos. Tú, por lo pronto, trabaja, trabaja hasta el agotamiento. No des a tu pensamiento un segundo de libertad. Trabaja, trabaja...

—¡Es verdad, es verdad! Trabajaré hasta el agotamiento, hasta la muerte...

* * *

Sin embargo, a la mañana siguiente, al llegar a la oficina, lo primero que hizo fué preguntar por Dorotea.



—...trabaja, trabaja hasta el agotamiento.

—No está—repuso la secretaria.

—¿No ha venido?

—Sí, señor. Ha venido, pero se ha vuelto a marchar. La ha despedido el señor Miller.

—¿Cómo se entiende? ¡El señor Miller podía preocuparse de sus asuntos y dejar en paz a los demás!

Ni siquiera en presencia de un empleado había podido contener su ira.

Furioso, ciego de pasión y de cólera, salió de la oficina, tomó un taxi y dió al chofer esta dirección:

—A Jersey City.

Cuando llegó a casa de Dorotea le sorprendió ver la puerta llena de gente que hablaba con calor.

Se abrió paso entre el grupo y entró en la casa. Lo primero que vió al llegar al piso fué a Dorotea, la cual se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Muerto! ¡Ya no le veré más! ¡Pobre padre mío!

Y se desvaneció en los brazos del ingeniero. Este la condujo a un cuarto que había cerca y la depositó en el lecho.

En seguida entró una mujer a ayudarle.

—Pero, ¿qué ha sucedido aquí? — preguntó Norman.

—Una desgracia tremenda, señor. El señor Hollowell, que, como usted sin duda sabe, era aficionado a andar con inventos y líquidos, no sé qué demonios ha hecho que ha habido una explosión tremenda y ha muerto en el acto.

—¡Válgame Dios!

Entraron otras vecinas. Norman estuvo unos momentos en la casa. Después decidió marcharse.

—Que se gaste todo lo necesario y que se me envíen las facturas—dijo a la vecina que le había explicado lo ocurrido—. He aquí una tarjeta mía.

Ya iba a salir, cuando oyó la voz de Dorotea que le llamaba.

La vecina se retiró prudentemente y Norman acudió al lado del lecho.

—¡No me abandones, por mi amor, no me abandones!

Y le echó los brazos al cuello y le sorbió los labios en un beso lleno de malsana avidez.

Sintió Norman cómo aquel cuerpo palpitaba y se retorció de pasión entre sus brazos.

No pudo seguir resistiendo.

—¡No te abandonaré, Dorotea! ¡No te abandonaré porque te amo! Nos casaremos en seguida.

V

¿Qué había sido de Norman? Nadie sabía nada. Todos le buscaban. Los socios andaban locos.

—¿Pero qué se habrá hecho de ese hombre?

—Me extraña mucho su ausencia, sabiendo como sabe que todo el negocio depende de él.

Estaban en la oficina. Todos los empleados se habían marchado ya. La escena se había repetido la tarde anterior y la otra y la otra.

De pronto se abrió la puerta y apareció Josefina.

—¿Todavía sin noticias?

—Todavía.

—Esto es muy extraño. Debemos hacer algo para saber qué ha sido de él.

Llegó en esto un muchacho de telégrafos con un telegrama para Jorge Miller.

Este lo abrió ávidamente. Su rostro reflejó

profunda sorpresa. Después trató de ocultar el parte con azoramiento.

—¿Es de Federico?—preguntó Josefina.

—No... Es de...

—Es de Federico. Estoy segura. ¿Le sucede algo? ¡Deme usted el telegrama!

Se lo arrebató y lo leyó. Su rostro se puso pálido. Le temblaron los labios. Ni siquiera pudo llorar. El telegrama decía:

“Casado con Dorotea. Vamos hacia la Habana en viaje de novios.

FEDERICO”

* * *

Pasados los primeros días de amor loco, de pasión malsana, Federico comenzó a darse clara cuenta de lo que había hecho. Lo había abandonado todo: gloria, fortuna, amistades, honor...

En un lujoso piso de la mejor calle—Dorotea quería siempre lo mejor de lo mejor—los vemos ahora, a él bebiendo ansiosamente para olvidar, a ella tendida con indolencia en una *chaise-longue*.

El calor es intenso. Por eso Dorotea no lleva más que un ligero kimono de seda, kimono que se abre por bajo, dejando al descubierto algo más que las piernas, envueltas en medias sutilísimas.

Ella palpita de sensualidad. De pronto se levanta y se acerca a su marido, quitándole la copa de la mano. El la recupera con un gesto de ira y se vuelve de espaldas para beber.

—¿Ya no quieres a tu pequeña?

Y se acerca a él sonriendo, confiando en el triunfo.

Pero él la rechaza.

—¡Sepárate, mujer!... ¡Hace mucho calor aquí!

—¡Más calor hacía los primeros días y, sin embargo, no te molestaba!

Lo ha dicho con un falso tono de aflicción.

—¡Perdóname, mujer! No he querido ofenderte...

Y la rodea con sus brazos. Inmediatamente, al contacto de aquel cuerpo brujo, experimenta un latigazo de sensualidad. Y viene el olvido de todo... Los besos... Las caricias... Y la muñeca de carne triunfa una vez más.

De pronto se abre una puerta. Es un criado con unos telegramas.

—Estos telegramas llegaron hace una semana, señor, pero hasta hoy no han logrado dar con su paradero los empleados de telégrafos.

Federico los abre ávidamente. Uno de ellos dice:

—“Burroughs nos retiró su garantía. Ven inmediatamente.

JORGE”

Y el otro:

“Quiebra inminente. No seas cobarde además de loco. Vuelve y ayúdanos a luchar.

JORGE”

Los telegramas quedan estrujados en la mano de Federico.

—Hemos de partir inmediatamente para Nueva York. Prepara tus maletas, que nos vamos en seguida.

* * *

Miller entra en la oficina.

Clark le está esperando.

—¿Hay novedades, amigo Miller?

—Los Bancos nos niegan el crédito. Esto se acaba.

Y añade con voz opaca, como hablando consigo mismo:

—¡El esfuerzo de toda una vida perdido estérilmente!... Y yo no tengo arrestos para empezar otra vez...

—A estas horas ya se habrán suspendido las obras del puente.

Y Clark queda mudo y pensativo en su despacho, en tanto Miller se dirige al suyo con paso lento.

De pronto suena un disparo. Clark se pone en pie en una convulsión. Está seguro de que Miller acaba de suicidarse.

En este momento se abre la puerta y aparece Norman.

—Llega usted demasiado tarde—le dice Clark con voz desfallecida.

—¿Por qué? — pregunta Norman en tono de desesperada súplica.

—Venga usted y lo verá.

Y le conduce al despacho, en medio del cual está Jorge con la cabeza abierta por un balazo.

* * *

Federico vuelve al hotel. No sabe dónde ir. No sabe qué hacer. No sabe cómo ni por qué vive.

—¡Soy un asesino, soy un asesino!—se repite sin cesar.

Se refugia en su habitación y comienza a beber con afán insaciable... ¡Más, más! Hasta perder la facultad de pensar, hasta que el alcohol le convierta en un guiñapo.

De pronto oye una voz a sus espaldas.

—¡Quién iba a pensar que eras un miserable borracho!

No necesita volverse para saber que es Dorothea. La conoce, no sólo por la voz, sino por el tono de acritud con que le habla. Hasta ahí llega su amor por él. ¿Amor? ¿Acaso es capaz de afecto ninguno aquella alma vil y monstruosa?

—¡Cómo me equivoqué al creer que me casaba con un caballero!...

El se revuelve. No puede seguir soportando aquella burla, aquella crueldad.

—¡Calla! ¡Calla de una vez, maldita!

—Antes todo eran besos. Ahora que ya has conseguido lo que deseabas, que ya me has conseguido a mí, me maltratas. ¡Eso es muy propio de ti!

—¡Bien caro he pagado ese deseo! Mi negocio por los suelos... mi porvenir malogrado para siempre... mi mejor amigo arrastrado al suicidio por mí... ¿Quién te parece que ha salido más perjudicado de los dos?

Ella sonríe burlonamente.

—Pues eso no es nada comparado con lo que vas a perder. Te vas a quedar sin mí. Me voy de tu lado para siempre. Pero para que me conserves en la memoria un abogado me preparará las cosas de modo que hayas de pasarme una buena suma mensualmente.

—¡Sí, sí! ¡Vete! Pagaré muy a gusto lo que sea. Todo lo daré por bien empleado con tal de no volverte a ver en la vida.

Y sigue vociferando, rugiendo, mientras ella se aleja de su habitación con paso lánguido que hace resaltar las flexibilidades y las maravillas de su cuerpo de muñeca... de muñeca-demonio.

* * *

El relojero examina el reloj con una lente.

Al otro lado del mostrador está la dueña del reloj: Josefina Burroughs.

—No es nada, señorita. Una partícula de polvo que se había introducido en la máquina.

—Parece mentira que una cosa tan pequeña, tan imperceptible, pueda interrumpir el funcionamiento de un mecanismo tan perfecto. Sin embargo, así es la vida. Una nimiedad, cualquier ínfimo suceso, cualquier cosa, destruye una felicidad y, a veces, una vida...

Queda profundamente pensativa. Después recobra el reloj de manos del relojero y sale a la calle.

—Acaba de pasar el señor Norman—oye de pronto que le dice el chofer.

—¿Dónde está?

—Allá va, señorita. Mírelo.

En efecto, allá va Norman, calle arriba. Sus ropas, deterioradas; su barba, sin afeitar; su rostro, pálido, le desfiguran mucho. No parece el mismo.

Norman no tiene ahora más que un amigo y un pensamiento: el alcohol.

—Sígame—dice la muchacha al chofer.

Y echa a andar por la acera en persecución de Norman. Le alcanza.

—¡Federico!

Federico se vuelve. Al ver a Josefina se sobresalta y se aturde hasta el punto de que no sabe qué decir.

—¿Dónde vas?

Federico, avergonzado, quiere huir, pero Josefina le detiene.

—Déjame que te lleve a casa. Sube.

Y le conduce de un brazo hasta el estribo del automóvil.

—¡No, Josefina, no!—dice, al fin, el caído en un arranque de dolor—. No merezco que me perdones.

—Sube. En el auto hablaremos.

Y dentro del auto, en tanto Norman se encoge en un rincón por miedo a manchar con su contacto a Josefina, ésta comienza a hablar como sólo ella, tan buena, tan abnegada, tan generosa, tan pura, puede hacerlo.

—Todavía eres joven. Puedes redimirte. Un error, por grande que sea, no debe destrozarse una vida cuando ésta está en los comienzos de su juventud. Aun te faltan vivir los mejores años de tu vida.

Y al ver que Federico llora con el rostro oculto entre las manos, añade:

—Yo te amo, Federico. No he dejado de amarte nunca.

—Y yo no supe lo que eras para mí hasta que te perdí...

—Para volverme a recobrar.

—¡Gracias, Josefina, ángel mío, esposa mía!...

Se ha detenido el auto. Bajan los dos. Josefina quiere hacerlo entrar en su casa, pero él se niega.

—No. Es muy pronto todavía para eso. Empezaré otra vez a luchar. Reharé mi vida. Volveré a merecerte. Entonces vendré a pedirte por Dios que seas mi esposa.

—Te esperaré, Federico, te esperaré siempre.

Y sellan el pacto con un apretón de manos lleno de energía y de esperanza.

F I N

PRONTO, la esperada colección

BIBLIOTECA

RODOLFO VALENTINO

Todos los asuntos interpretados por este inimitable artista.

Primer número:

“COBRA”

Precio: 50 céntimos

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

En breve, la magnífica novela en veinte cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Inmejorable presentación

Portada a colores

Ilustraciones en el texto,
ameno y nutrido

**1 cuaderno semanal
los jueves**

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!
